

Raimundo Echeverría y Larrázabal



Cuando muy pocos en Chile pensaban en el mar como elemento poético para sus más íntimas expresiones, he aquí que apareció un hombre, un poeta de tierra adentro, para descifrar sus secretos y abordar su belleza. Se trata de Raimundo Echeverría y Larrázabal, nacido en San Javier de Loncomilla el 11 de julio de 1899, y que nunca publicó un libro. Sus poemas se hallan dispersos en diarios y revistas nacionales hasta donde su pluma llegó con la claridad de una gota de lluvia y la depuración de su sencilla estrofa.

En el magnífico y completo "Diccionario de autores de la región del Maule", el poeta Matías Rafide nos cuenta: "Era hijo de un capitán de veleros, de origen vasco. De temperamento exquisito, vivió una breve existencia persiguiendo el amor y el ensueño. Luchó arduamente contra la mediocridad y el conformismo. Su elevado espíritu anduvo por horizontes de mar y de quimeras. Fue en busca de puertos fantásticos donde anclar ilusiones y esperanzas".

Su poesía nos hablaba de un mar que amaba más allá de sus límites. Llenó su corta vida de travesías imaginarias, de derrotas hilvanadas a la luz de una lámpara alumbradora de sueños. Fue de los primeros en descubrir las profundidades de un mar que sólo muestra su atrayente fachada azul. Uno de sus más genuinos y hermosos poemas lo tituló "Las leyendas del mar", en una suerte de interrogación al padre que surcó sus aguas de sal y embrujamiento:

"Capitán, padre mío,
capitán de navío,
¿dónde están
las ciudades azules
y los pueblos sombríos

y las lindas mujeres
que morían de hastío
esperando tu vuelta,
capitán?".

Este sentimental y afiado poeta estudió en el Liceo de Hombres de Talca, en cuyas aulas fue compañero de estudios con Arturo Torres Ríoseco y Roberto Meza Fuentes. Las primeras composiciones literarias que se le conocen fueron publicadas por la revista del establecimiento. Jerónimo Lagos Lisboa, el magnífico poeta que fue su conterráneo, nos habla de él con un acento de ensoñación y de ventura: "Echeverría fue entre nuestros escritores, quizás el primero que orientara sus devociones hacia el mar. Visitaba a menudo los puertos. Más de una vez le hallé vagando por las playas maulinas. Captaba, seguramente, las notas para un pentagrama de latentes canciones marineras".

Sin embargo, al poeta que se le abrían por doquier los grandes horizontes marinos, se le cerraban en la soledad de su poesía las pequeñas distancias terrenas. Sin duda que la alegría del mar chocaba con sus versos de tierra firme. Por ahí exclama, en algunos de sus cantos: "Y yo tendré mis versos para aromar tu paso, / y llevaré el fastidio de todos mis fracasos / para que con tus manos me los perfumes tú".

Como todo poeta de su época que se precie de tal, Raimundo Echeverría y Larrázabal murió de tuberculosis a una edad muy joven. Tal un Carlos Pezoa Véliz, un Romeo Murga, o más tarde, un Oscar Castro. Falleció el 15 de julio de 1924, a los veinticinco años de edad. Atrás quedaban su pasión por el mar, sus capitanes ilusorios y esos bergantines del ensueño que poblaban su tierna juventud.